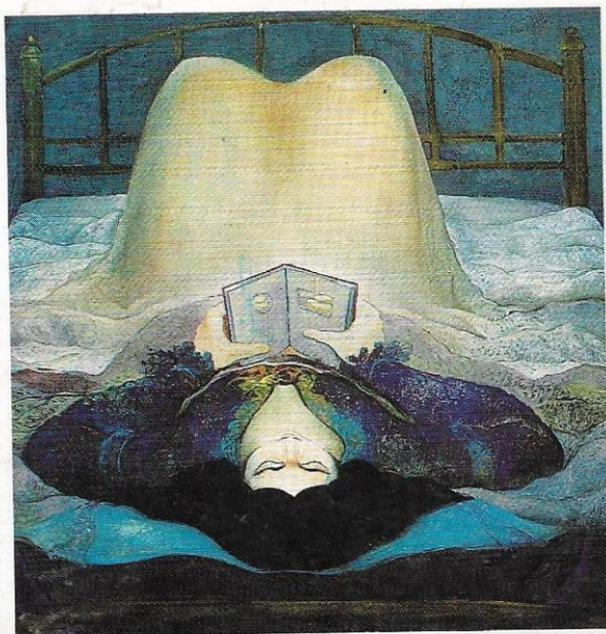


# inscripción p EL sicoanálisis



7

melania agüero ● ginnette barrantes ● néstor braunstein  
carlos José castro ● laura chacón ● isabel gallardo ● lilliam garro  
sandra jiménez ● rolando karothy ● guy le gaufey ● helí morales  
roberto neuburger ● olga cristina redondo ● ronald solano  
mario marcos schumacher

enero- diciembre

ISSN 1405-1281

Asociación Costarricense para la Investigación  
y el Estudio del Psicoanálisis  
ACIEPs

# IN\$C.R.IBIR

EL PSICOANALISIS

melania agüero, ginnette barrantes, néstor braunstein,  
carlos José castro, laura chacón, isabel gallardo, lilliam garro,  
sandra jiménez, rolando karothy, guy le gaufey, helí morales,  
roberto neuburger, olga cristina redondo, ronald solano,  
mario marcos schumacher



ACIEPs

Asociación  
Costarricense para  
la Investigación  
y el Estudio del  
Psicoanálisis

Inscribir el  
Psicoanálisis

Editor:  
Manuel Picado

Consejo Editorial  
Melania Agüero  
Olga C. Redondo  
Mario Schumacher

Suscripción, canje  
y donación:  
Tel. 283-0509  
Fax. 253-6302  
Apdo. 73-2070  
San José,  
Costa Rica

# SUMARIO 1997

Año 4. No. 7. Enero-Diciembre

- V. Homenaje  
VII. Presentación
1. PARTE I. Arte  $\diamond$  Psicoanálisis
  3. Psicoanálisis y arte: ¿Un eslabón posible en Costa Rica?  
*Lilliam Garro, Sandra Jiménez y Olga Cristina Redondo*
  - 31 El Psicoanálisis y la obra de arte  
*Néstor Braunstein*
  - 49 Freud y la apreciación artística  
*Melania Agüero*
  - 61 Schönberg y Freud: de un Moisés al otro  
*Rolando Karothy  
Roberto Neuburger*
  - 89 El lenguaje sagrado no admite contradicciones  
*Carlos José Castro M.*
  - 97 Laberinto de la memoria: Luces y sombras  
*Helí Morales A.*
  - 113 Barthes, barthesco, barthexto: fragmentos  
*Ronald Solano J.*
  - 121 Μεδεα: Historia de una mirada  
*Laura Chacón*

- 135 Cuando pactar con el diablo es mejor que  
irse al infierno (Segunda parte)  
*Mario Marcos Schumacher*
- 147 ¿Por qué Alicia sí pudo atravesar el espejo?  
*Isabel Gallardo*
- 151 PARTE II. Documentos y Comentarios
- 153 Nostalgia de mujer  
*Ginnette Barrantes*
- 159 La imagen de uno mismo  
*Guy Le Gaufey*

---

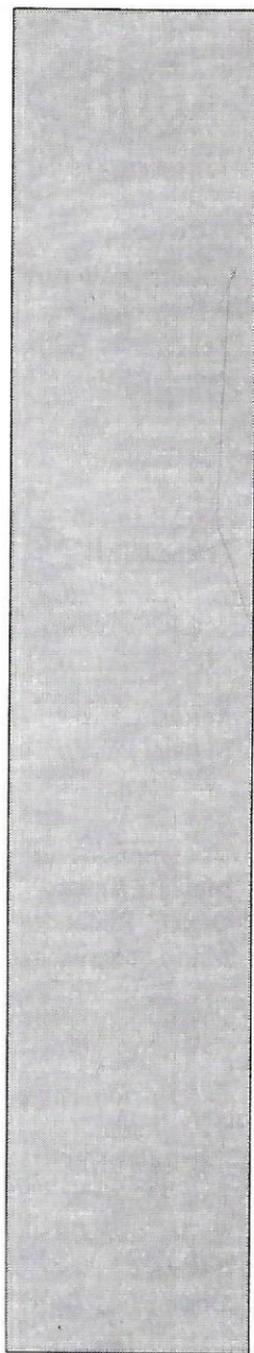
Portada: *La durmiente*. Pintura de Rafa Fernández  
(óleo en tela).

Edición: Editorial Porvenir. Tel. 225- 3115

Reservados todos los derechos.  
Prohibida la reproducción parcial o  
total de esta obra.

Impreso en Costa Rica.

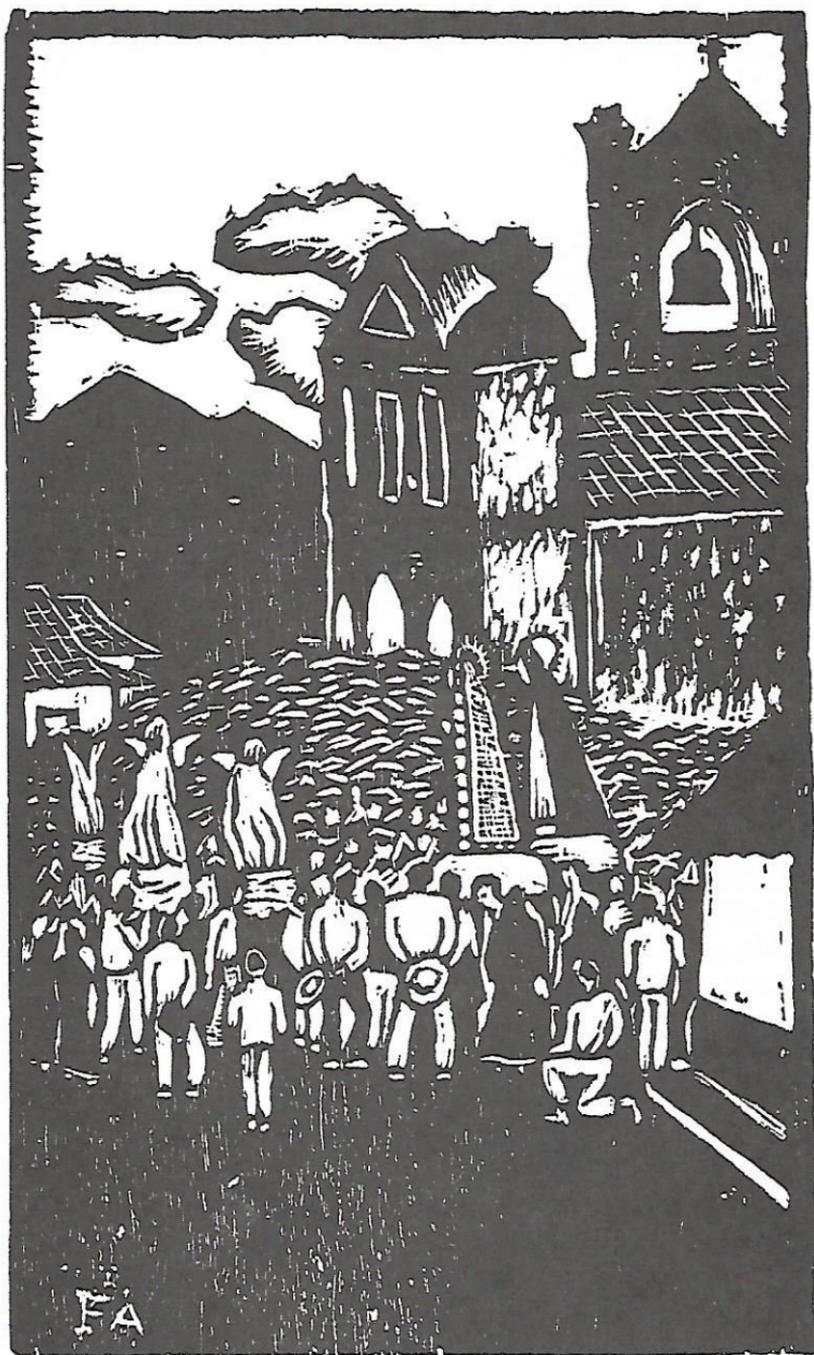
Hecho el depósito de ley.



*A la memoria de Frida Saal*

*Con este número el Consejo Editorial  
rinde homenaje a la maestra y amiga  
fallecida en México  
en marzo de 1998.*

**ARTE ◊ PSICOANÁLISIS**



Francisco Amighetti, Procesión

## NOSTALGIA DE MUJER

*Ginnette Barrantes S.\**

*A Floria, por su "Metáfora Ausente"*

El objeto de este comentario es la película del cineasta español Pedro Olea, *No es bueno que el hombre esté solo*, con Carmen Sevilla y José Luis López Vázquez, realizada en España, en 1973.

He resaltado una escena y he tratado de obtener de ella algunas derivaciones analíticas. Se trata de la escena donde la prostituta le dice a Martín, el protagonista, que "...un hombre necesita una mujer de carne y hueso, no una muñeca". Esta aseveración es la que da origen al nombre del filme y presupone una relación natural entre el hombre y la mujer, aquí llamada, de "carne y hueso".

A partir de esa escena me surgieron algunas preguntas: Si lo que un hombre necesita es una mujer de carne y hueso, ¿qué hace el protagonista conviviendo con una muñeca? ¿Será que no todos los hombres necesitan una mujer de carne y hueso? ¿Será que esta relación no es tan natural como se

---

\* Apdo 841-1002 San José, Costa Rica.

pretende que sea y que, en lo que a objetos sexuales y de amor se refiere, la mujer de carne y hueso, constituye solamente uno más entre otros muchos? Y por último, ¿qué es una mujer de carne y hueso? ¿en qué se diferencia de una muñeca?

Cada vez más las actividades como la robótica, la inteligencia artificial y la fecundación *in-vitro*, nos proponen ciertos juguetes del deseo que intentan captar esa supuesta “naturalidad” de la vida. El fantasma fundamental de la ciencia es liberar al hombre del doloroso trámite de tener que negociar con las frustraciones y las privaciones que las relaciones humanas y la cultura nos imponen. Pareciera que detrás de esta idea subyace otra: la de una felicidad preestablecida, donde el matrimonio con la máquina o con algún otro objeto real o virtual (en este caso la muñeca) aseguraría una armonía sin insatisfacciones.

Este paraíso tecno se vislumbra en la película cuando Martín le introduce los “cassetes” a Elena, la muñeca, y escoge la escena que quiere tener ella: de celos, de enojo, de reconciliación, de sexo, etc. La muñeca, dócilmente repite lo que él desea oír (quienes conocen a las mujeres de carne y hueso saben que ellas, difícilmente, harían eso).

La muñeca dotada de vida y elevada al digno papel de esposa, se convierte en un fetiche delirante. Una locura de la intimidad y la alcoba. Ante un escaparate, Martín mira a la hermana de Elena y decide comprar a su cuñada. Los trabajadores reaccionan sorprendidos. Las miradas vivas se auscultan, se preguntan, se interrogan, pues algo escapa, se les escapa: el otro se hace signo, enigma. Por el contrario, la muñeca frente al espejo aparece como si fuera una mujer, pero con la mirada opaca, perdida en el vacío; mudo testimonio de un amor muerto.

En el afuera de esta muerte encerrada, la España franquista, el mar de Bilbao, los maniqués en los escaparates, la industria sidero-metalúrgica y, sobre todo, el mito de la familia feliz. Allí, los ejecutivos de la empresa exhiben a sus esposas-escaparates, con sus riquezas y sus joyas, muñecas encerradas en vitrinas, totalmente irreales, pero de “carne y hueso”. Al caer la noche, tras los cerrojos aparece la soledad íntima, la del “ser” y el “no ser”, aquella que no puede ser acompañada, que, más que soledad, es la desolación de una edad sin sol.

La niña, hija de la prostituta, y este hombre solitario, le hacen contrapunto a esta soledad. Ambos creen en las muñecas. Las muñecas piensan, sienten, lloran, quieren ir al cine. La niña dice: "...una muñeca que no habla, no sirve para nada". La prostituta hace de muñeca chocha, encarna el fantasma perverso de un hombre que tiene la certeza de saber lo que ella necesita. Para este chulo, las mujeres no deben hablar y, ante la menor discrepancia, aparece la bofetada, el sometimiento, la violencia y su reconciliación en el sexo.

Planteada esta ficción entre la muñeca y la mujer de carne y hueso (¡Y hueso!, ¡vaya usted a saber qué es eso!), penetremos en el secreto familiar, en la alcoba interior de ese hombre solo, dispuesto, quizá, a cambiar a una mujer por una muñeca. Pensemos en esta prostituta que insiste en que lo que un hombre necesita es una mujer de carne y hueso, no monigote. Una mujer, como tantas otras, dispuesta a arrebatarle a un hombre su locura.

No nos iremos por el camino fácil de la enfermedad mental, sino por el del "pathos", es decir, la pasión particular que hace a la locura de cada uno. Pasión íntima, padecer que, como dice el protagonista, no le hace daño a nadie.

¿En dónde encuentra el amor el objeto de su satisfacción? ¿Qué esperanza alimenta este amor por una muñeca? Pues, nada menos que un amor que no sufre la degradación de la vida amorosa, las vicisitudes del desencuentro. Un amor hasta que la muerte los separe, un amor que sólo conoce la satisfacción plena, comparable a ese goce de objeto, a esa satisfacción erótica que experimenta el bebedor con su botella: su hábito los estrecha más y más, haciendo que su bebida se torne un objeto no intercambiable, único e insustituible. Una y otra vez, el mismo objeto... ¿ecos de una relación matrimonial armónica y estable? Sabemos que el matrimonio es estable, pero, hacerlo feliz cuesta mucho y, se logra, sólo a ratos.

Con Lacan las cosas se complican. Vayamos al Génesis: Dios le saca a Adán la mujer de su costado, lo deja herido y en falta. Pero, contrario a lo que podríamos suponer, Adán no se enoja con tal acto de violencia; inmediatamente reconoce que Dios sabe lo que él necesita para resolver su soledad. La mujer entonces le llega a Adán por intermedio de un Otro. ¡Y qué Otro! ¡Nada menos que un Dios-padre! Lamentablemente, la mayoría de nuestros hombres no están tan bien orientados: tardan mucho en saber cuál es la mujer que necesitan; algunos hasta tienen que visitar al o la psicoanalista.

Lo que Adán no sabía era que Dios no le daba vino, sino una muñeca de barro, con un soplo di-vino, es decir, una compañera parlante, compañera dotada de habla. Y allí la historia cambió. Complacer a esta mujer no es un asunto de necesidades. Lacan nos dice que el hombre sólo encuentra a la mujer del lado del objeto “a” de su fantasma, es decir, la mujer se hace semblante del objeto causa de su deseo. Es algo así como la danza de los siete velos de las vayaderas: la mujer le tiende al hombre una trampa de amor; se le aparece como ese velo que recubre el objeto de su fantasma. Ahora, para esto no hay cursos de iniciación, para desgracia de las mujeres; en este lugar de semblanza del objeto- causa del deseo, pueden anteponerse muchos otros objetos. ¡Sólo pensemos en el fútbol de los domingos, en la cantina o en tantas otras rivales!

Tomar a una mujer de carne y hueso, como una mujer de carne y hueso, a una mujer, cosa fácil. Y sin embargo, ¿qué hace que un hombre abandone aquellos objetos que hacen de señuelo en este recubrimiento fantasmático (pensemos en las múltiples sustituciones que nos ofrece la vida moderna: mascotas virtuales, “la rubia mía, la rubia Pilsen”, las curvas de la Coca Cola) para hacer de una mujer de carne y hueso su mujer? ¿Será, tal vez, una “cierta nostalgia de mujer”?

Hay hombres que catan a las mujeres, saborean su cosecha y las dejan. Las prueban una a una, como si supieran que no hacen serie, y cuando la pulsión encuentra su objeto, las degradan; no pueden amarlas. El amor pasa por un acto, una declaración que a veces se hace pacto y, como en el caso de Adán, vimos que hay un Otro-Dios, a través del cual puede saber sobre su nostalgia. Por ello, Eva es la mujer que necesita; aunque lo echen del paraíso.

La demanda se articula por intermedio de este Otro del lenguaje, de la palabra y de la demanda. Cuando la mujer hace semblante o velo de ese objeto de su fantasma, le llega como la luz que ilumina su oscuridad. No con la certeza delirante de Martín, a quien su muñeca le satisface la oscuridad ciega de una ausencia de mirada.

Los esponsales del bebedor y su botella, no devienen en divorcio: el objeto de goce sustituye la ebriedad del amor. El sujeto se pierde en este goce pleno del objeto. Las mujeres, en cambio, no sustituyen ese goce satisfactorio que niega todo saber acerca de falta, falta que es, precisamente, la única capaz de producir un amor-deseante, sin futuro previsible, sin la certeza que garantice una sustitución.

Basta que aparezca una mujer de carne y hueso para que todo se arruine. Algo irrumpe en la armonía preestablecida. Entonces, ¿por qué los hombres no matan a las mujeres (aunque sabemos que a muchos ganas no les faltan)? ¿por qué simplemente no se van a los estadios o a las cantinas, o, como Martín, compran una muñeca?

El psicoanálisis nos da una respuesta simple y casi pueril: no las matan porque las aman. Pero, esto no es fácil: la mujer, a diferencia de la muñeca, debe tener una "eficacia real". Con esto no estoy promocionando cursos de "belly dance", ni nada parecido; "una eficacia real" implica, justamente no ser una muñeca. La mujer se hace amar en este lugar de semblante del objeto-causa, encarnando la falta para el hombre, mediante una significación fálica, como velo engañoso de la esclavitud amorosa, dispuesta a repetir y repetir la insatisfacción. Ella le hace trampa, no todos los días, pero les aseguro que a veces ocurre. Y, entonces, se da la cita del amor con el deseo, de un amor-amante, que apuesta, que apunta hacia ese imposible de poseer, hacia el enigma del otro. No obstante, cuando el deseo nos juega una mala pasada y encarna esta "eficacia real" y una mujer se hace amar en el fantasma masculino, recubre significación velada su falta. Por eso nos dice Lacan que las mujeres tachan a ese gran Otro, a ese Dios que deseó redimir la soledad del primer hombre pero al que le dio, no lo que le faltaba, sino lo que no tenía: Una Eva tramposa. ¿Y la costilla? No sabemos... A lo mejor fue vendida en una subasta de mercado.

Para concluir, la locura de un goce con una muñeca; ustedes verán lo que sucede. No es el pathos de la pasión amorosa. Por eso, "no es bueno que el hombre esté solo" y ...como le decía hoy a un amigo, tampoco la mujer. Esta desolación del "ser sin sujeto", esta imposibilidad para articular su falta a otro y al Otro es la locura y... quizás, como lo verán, si ven la película, lleva al encierro irremediable.